

Ciclo de Conferencias en el marco del 70° Aniversario.

Conversatorio: "La Inculturación Jesuítica como cimiento de la identidad humanista y pedagógica en la Universidad del Salvador".

Lic. Ricardo Moscato

Ciencia en la mente y virtud en el corazón, lema de la Universidad desde los comienzos expresa el objetivo de la propuesta pedagógica: la formación integral. Para lograrlo, como decía el papa Francisco, es necesario integrar el lenguaje de la cabeza, del corazón y de las manos al servicio de los demás, reinventando la vocación universitaria como acontecer espiritual. En este 70 aniversario nos toca reflexionar acerca de los cimientos de la propuesta educativa de la USAL desde la perspectiva de la inculturación como sello jesuita en sus raíces.

Celebramos una tarea fecunda de 70 años de hacer Universidad con una clara misión: **Formar hombres y mujeres de ciencia, conciencia y compromiso**, capaces de liderar los procesos de transformación de la sociedad y de ofrecer el propio ejemplo del desarrollo de sus talentos al servicio del Bien Común. Como en la Meditación de las Dos Banderas de los Ejercicios Espirituales, la bandera de la USAL nos sigue convocando a favor de los valores que afirmen la **trascendencia espiritual, la humanización de la vida, y el servicio responsable con y para los demás.**

Desde dónde reflexionamos

Reflexionamos desde una espiritualidad del "Magis" que busca el bien más universal, la mayor gloria de Dios, que nos deja insatisfechos con lo ya logrado y que transforma el obstáculo en *"nuevos desafíos que encarar, nuevas oportunidades por las que alegrarse"* (CG 34, d. 26), que busca "inquietar al mundo" y no contentarse con lo ya establecido. Espiritualidad enraizada en una *"relación positiva, amistosa y alegre con el mundo"*, al decir de Karl Rahner para explicar este nuevo modo de ser y proceder iniciado por Ignacio y sus compañeros

Reflexionamos desde una "Pedagogía de los ojos cerrados" de interioridad, de oración y reflexión personal y desde una "Pedagogía de los ojos abiertos" (Benjamín González Buelta SJ), para percibir toda la realidad y contemplar a Dios actuando en todas las cosas con una mirada que cuida fragilidades para *"escuchar los lejanos corazones, cuidar que ninguna queja se me oculte, ninguna lágrima se me esconda"*

Reflexionamos **para** educar nuestra mirada en una nueva sensibilidad contemplativa desde una *"una inteligencia sintiente"* (Xubiri), revisando nuestras *"miradas cautivas"*, tratando de purificarlas y ampliarlas. Construyendo una cultura de la posibilidad solidaria frente a las culturas del salvase quien pueda, una cultura del aprendizaje y del trabajo cotidiano frente a la cultura de la decepción, una cultura de "misión" y medios conducentes frente a una cultura de diagnósticos sin acciones.

Reflexionamos ante el agotamiento de categorías para pensar, de la tensión universal abstracto-particularidad, para comprender la marca de la inculturación en la síntesis de lo singular concreto: las personas, los rostros, la comunidad. Buscando pasar de la proposición a la mostración, de la doctrina al testimonio. Con un pensamiento "campana", convocante, simple en su complejidad polifónica, pensamiento de camino, humilde que reconoce sus límites, en el encuentro, en la experiencia, con la fuerza de los ejemplos personales, profesionales y comunitarios

No hay identidad sin pertenencia

Se es porque se pertenece. A la Iglesia, a la Compañía de Jesús, a la sociedad argentina, a esta comunidad universitaria. Así, nuestra identidad como hombres y mujeres de fe comprometidos con la educación está dada por la pertenencia a una comunidad, y no por una afirmación aislada. **“Dios no quiso salvarnos individualmente sino formando un pueblo.”** Así entendida, la misión de la Universidad se transforma en la Universidad convertida en Misión, para y con los demás.

Identidad de la universidad como **espacio de la integración entre “pietas y erudito”** Pietas como devoción, santidad, oración, valores trascendentes en un tiempo de confusión y relativismos. Erudito como ciencia, investigación, conocimiento, saberes, en tiempos de inteligencia artificial, de revoluciones científicas y tecnológicas. Concepción integradora que caracteriza la Parte IV de las Constituciones de San Ignacio: unir virtud y letras, mediadas por la formación de la voluntad.

Identidad como **espacio de sentido**, como lugar privilegiado del diálogo entre la fe y la cultura. Como ámbito de evangelización de la cultura y de inculturación del Evangelio lo que implica *el diálogo existencial entre personas vivas y el Evangelio vivo en cuyo centro está Jesús vivo que nos interpela*. Como puente de integración entre la ciencia que la cultura de la modernidad absolutizaba y la conciencia que corría el riesgo de quedar atrapada en la privacidad del individuo.

Identidad de la universidad como **espacio de servicio** a la sociedad argentina a través de la producción de pensamiento y de alternativas ante las problemáticas sociales, económicas, ambientales y culturales y de la participación en la toma de decisiones con miras al Bien Común, ámbito de la responsabilidad social

El desafío de la memoria y el compromiso: raíces para el futuro

Reflexionar acerca de nuestros cimientos implica hacer **memoria agradecida para poder hacer y renovar un acto de compromiso**. *El desafío de la memoria es un acto de conciencia: quiénes somos, para qué y para quienes estamos, especialmente en tiempos alterados donde parece normal olvidar el futuro, naufragar en recuerdos intrascendentes y flashes de moda, refugiarse en pasados irrecuperables. Es también un sincero reconocimiento de lo que nos falta, de nuestros desafíos. El acto de compromiso es un acto de puesta en acción de la ciencia que profesamos al servicio de los valores que proclamamos.*

Memoria y Compromiso tienen además un *efecto ejemplar* frente a diversas formas de escepticismos que justifican la pasividad y el repliegue en el individualismo y que terminan siempre con palabras vacías y malos ejemplos.

Memoria y Compromiso para sentirse herederos de la Primera Universidad de Córdoba, fundada por la Compañía de Jesús en 1613, aquella primera Universidad que desde principios del Siglo XVII hasta fines del XVIII, y en el centro geográfico del Plata, pudo competir con los grandes centros culturales de Europa. Al decir del P. Furlong *“buena o deficiente, satisfactoria o no satisfactoria, fue la educación jesuítica la única que hubo en el Río de la Plata, Tucumán y Paraguay desde los primeros tiempos de la conquista hasta fines del XVIII”*.

Memoria acerca de nuestros orígenes, para ser “originales”. Por tanto, acto de memoria de un hombre, que se llamó Iñigo de Loyola, luego el Maestro Iñigo, después el Padre Maestro Ignacio y mucho después, ya muerto, San Ignacio de Loyola, al decir de Manuel Machado: *Santo, más luego de no serlo tanto, para serlo mejor*

San Ignacio, nuestro clásico, quién como todo clásico nunca termina de decir todo lo que tiene que decir. Se trata de comprender que la vida intelectual en San Ignacio está integrada a la vida apostólica, en una concepción integral de la persona. Hombre de su tiempo, eligió el difícil camino de **la síntesis superadora entre extremos antinómicos**. Representa la armonización del teísmo medieval con el humanismo renacentista, dentro de una nueva fórmula de Humanismo cristiano. Con una clave: integrar, superando creativamente antinomias. Asume la dimensión intelectual sin caer en el racionalismo emergente ni en un espontaneísmo irreflexivo. Lo dice expresamente en la IV Parte de las Constituciones de la Compañía de Jesús, al unir **virtud con letras** entendiendo por letras el amplio campo del saber humano y científico, encaminándolo al saber teológico. Este es el principio orientador que recorre su Pedagogía: nada se logra sin grandes deseos –motivación–, sin desarrollo de la virtud –apertura de corazón– y sin métodos y procedimientos –formación de hábitos y de la voluntad.

San Ignacio es un hombre práctico que no se queda en el terreno de las especulaciones teóricas, sino que pretende llegar a través de los medios educativos al fruto real de ayudar al prójimo y “salvar las ánimas”. Lo intelectual pasa a ser un acontecer espiritual. Por su finalidad, la alabanza, reverencia y servicio a Dios. Por su antropología trascendente que asume el mundo y lo trasciende, basada en la confianza en el hombre, en la búsqueda permanente de su rescate, donde el principio de contemporaneidad encarna y contextualiza el infinito amor de Dios por la criatura humana. Antropología que resalta la libertad de respuesta del Hombre a Dios necesitada de la comunicación directa muy presente en la Anotación 15 de los EE “...el mismo creador Señor se comunica directamente con el Hombre...”

Antropología cristiana que hace que Ignacio no descuide esa dimensión del Misterio, tan presente en el barroco de los claroscuros y en los claroscuros del alma humana que nos recuerda que debajo de todo pecador late el hombre a acercarse a Dios.

Antropología cristiana de los tres círculos: el de las cosas, en cuyo centro está el hombre, el del hombre en cuyo centro está Cristo, y por fin el de Cristo. La idea ya está en San Pablo: **todas las cosas son vuestras, vosotros sois de Cristo, Cristo es de Dios (I Cor, 3,22)** Lo formuló para nuestro tiempo Theillard de Chardin, un verdadero modelo de vida intelectual como acontecer espiritual: centrarse sobre sí mismo (crecer), descentrarse en la entrega al otro (amar), sobre centrarse en Uno mayor que el mismo (adorar)

La inculturación como cimiento de la identidad humanista y pedagógica de una universidad jesuita

Aliento a todas las comunidades a una siempre vigilante capacidad de estudiar los signos de los tiempos. Es una grave responsabilidad ya que algunas realidades si no son bien resueltas pueden desencadenar procesos de deshumanización difíciles de revertir” (EG. Cap.2, 51)

La humanidad vive en este momento un giro histórico que podemos ver en los adelantos que se producen en distintos campos como en la salud, la educación y la comunicación. Sin embargo, no podemos olvidar que la mayoría de los hombres y mujeres vive precariamente el día a día con consecuencias funestas” (EG Cap. II, 52)

La inculturación como uno de los cimientos más sólidos de la identidad humanista y pedagógica de nuestra Universidad porque expresa el modo en que la tradición

ignaciana dialoga creativamente con cada tiempo, lugar y pueblo. No se trata solo de "adaptar" contenidos, sino de encarnar el Evangelio, la misión educativa en una cultura concreta, reconociendo sus lenguajes, heridas, aspiraciones y riquezas. Como dice la Carta de principios "una universidad que asuma la seguridad de que la verdad encarnada solo se muestra en el juego diverso de lo creado".

La inculturación no es una estrategia secundaria ni un recurso circunstancial. Es una dimensión constitutiva de nuestra misión educativa. Significa que la universidad no vive de espaldas al mundo que la rodea, ni repite fórmulas desarraigadas de la historia concreta de su pueblo. Por el contrario, busca encarnar su tradición espiritual, intelectual y pedagógica en la realidad viva de cada tiempo y de cada sociedad. Así, nuestra identidad no se preserva aislándonos. Se fortalece dialogando. No se defiende encerrándonos. Se renueva sirviendo. No se sostiene en nostalgias, sino en la capacidad de leer los signos de este tiempo con profundidad, discernimiento y esperanza.

Educar no consiste en producir profesionales estandarizados, sino en **formar personas conscientes, competentes, compasivas y comprometidas**, capaces de servir al bien común desde su propio contexto histórico aproximándose a la realidad no con soberbia intelectual, sino con discernimiento, humildad y deseo de aprender. Es el "avance mediante el retorno a las fuentes" de la Carta de principios

Así como en el pasado, el profundo Cristo centrismo y la filial adhesión a la Madre Iglesia no impidió a la Compañía de Jesús poner la formación humanística propia del Renacimiento en el centro de los estudios, fundando un humanismo cristiano que asume todas las potencialidades humanas como respuesta al amor de Dios en Cristo, hoy también la espiritualidad ignaciana trata de mirar el mundo con la mirada de Dios, que no condena la historia, llena de conflictos y negaciones y al mismo tiempo camino de realización de la propia vocación humana.

La tradición ignaciana ofrece aquí una clave decisiva: **buscar y hallar a Dios en todas las cosas**. Esto significa reconocer que también todas las culturas, en los procesos sociales, en los dolores de la humanidad y en sus esperanzas, hay semillas de verdad que deben ser escuchadas. **En este sentido, la inculturación supone ante todo una pedagogía de la escucha**. Escuchar a los estudiantes, sus lenguajes y desafíos; escuchar el clamor de los pobres en una sociedad herida por desigualdades; escuchar las búsquedas espirituales contemporáneas; escuchar la ciencia y sus preguntas éticas; escuchar la memoria de los pueblos y el clamor de la tierra. Escuchar las posibilidades y riesgos de la tecnología. Escuchar, también, aquello que todavía no tiene voz.

Por ello, la inculturación supone enseñar e investigar desde la realidad y para la realidad. Significa producir conocimiento relevante, impulsar innovación con responsabilidad ética, promover diálogo interdisciplinario y formar liderazgos orientados al servicio. No estamos llamados a fabricar élites cerradas sobre sí mismas, sino personas capaces de tender puentes; profesionales que unan excelencia y humanidad; ciudadanos que comprendan que el éxito personal carece de plenitud si no se integra en el destino colectivo.

Desde esta perspectiva, el humanismo universitario no se reduce a transmitir contenidos. Se trata de cultivar personas abiertas a la verdad, sensibles al sufrimiento ajeno, capaces de pensamiento crítico y disponible para la solidaridad. El saber sin

conciencia puede producir eficiencia; pero solo el saber iluminado por la ética genera auténtico progreso humano.

La inculturación lleva a mirar las periferias existenciales y sociales, a dejarse interpelar por los pobres, por quienes quedan fuera del sistema educativo, por los jóvenes sin horizonte, por quienes no encuentran voz en los espacios de decisión. En ellos no solo hay destinatarios de ayuda, sino maestros que revelan dimensiones olvidadas de la condición humana.

En definitiva, la inculturación no diluye la identidad: la vuelve fecunda. Nos permite ser fieles sin rigidez, innovadores sin perder raíces, universales sin dejar de pertenecer a una tierra concreta. La tradición ignaciana nunca fue repetición inmóvil, sino creatividad apostólica. Allí donde la fe conversa con la cultura, donde la ciencia se pone al servicio de la justicia y donde la educación despierta vocaciones de servicio, la universidad encuentra nuevamente su rostro más auténtico. Es el modo en que permanece fiel a su misión humanista y pedagógica siendo significativa para su tiempo. **Sin inculturación, la identidad se vuelve museo; con inculturación, se vuelve misión.**

Una espiritualidad y antropología ignaciana integradora: "todo, todas las cosas"

Para la educación ignaciana, tanto en nuestra vida de fe, como en nuestra vida profesional nunca se plantea la disyuntiva entre Dios y el mundo, siempre se trata *de Dios en el mundo*, trabajando para llevarlo a su plenitud de modo que el mundo llegue finalmente a ser plenamente en Dios. ***El Verbo pone su tienda en la Familia humana (Jn, 1,14)***. Para percibirlo es necesario hacerle lugar en nuestro corazón, ampliar y purificar nuestras miradas y entrar en la escuela de la mirada de Jesús.

Aprender a integrar, "com-poner", "conciliar contrarios" realizando pequeñas síntesis, semillas de síntesis mayores: eficacia y gratuidad, racionalidad y afectividad, esfuerzo personal y solidaridad, exigencia y contención, resultados y frutos. **Educación en la indiferencia ignaciana**, respecto a las cosas, practicar una distancia para una suprema cercanía: *tanto ha de usar de ellas quanto le ayudan para su fin y tanto debe quitarse de ellas, quanto para ello le impiden (EE, 23,4 Principio y Fundamento)*.

Aprender a ser contemplativos en la acción: descubriendo a un Dios que *"trabaja y labora por mí en todas las cosas creadas sobre la faz de la tierra, esto es se comporta como uno que está trabajando"* (EE 236), que está en toda la realidad "ad modum laborantis", como el campesino que labora su tierra. Para ello la espiritualidad ignaciana nos regala **el discernimiento:** reconocer que la pertenencia a la cultura actual nos da raíces, lenguaje, cercanía. Pero al mismo tiempo, nos permite tomar distancia para vivir la novedad que Dios nos ofrece a todos.

La pedagogía ignaciana ilumina este camino. Su dinámica de **contexto, experiencia, reflexión, acción y evaluación** permite una educación profundamente inculturada. Parte del mundo real del estudiante, lo ayuda a interpretar críticamente lo vivido, lo impulsa al compromiso y lo invita a revisar sus prácticas. No forma espectadores, sino protagonistas.

"El anuncio la cultura implica también un anuncio a las culturas profesionales, científicas y académicas. Se trata del encuentro entre la fe, la

razón y las ciencias que procura desarrollar un nuevo discurso de la credibilidad, una original apologética que ayude a crear las disposiciones para que el Evangelio sea escuchado por todos. Cuando algunas categorías de la razón y de las ciencias son acogidas en el anuncio del mensaje, esas mismas categorías se convierten en instrumentos de evangelización; es el agua convertida en vino. Es aquello que asumido no solo es redimido, sino que se vuelve instrumento del Espíritu para renovar e iluminar el mundo”
Francisco Evangelii Gaudium (132)

Los cuatro principios de Evangelii Gaudium en la identidad jesuita de la USAL

¿Cómo renovar nuestra identidad universitaria en un tiempo marcado por cambios acelerados, incertidumbres sociales y nuevas demandas culturales? Para responderla, quisiera proponer una lectura desde los cuatro principios ofrecidos por el Papa Francisco en *Evangelii Gaudium*, principios que dialogan de manera fecunda con la tradición ignaciana y con la misión histórica de nuestra universidad.

Estos principios —**el tiempo es superior al espacio; la unidad prevalece sobre el conflicto; la realidad es más importante que la idea; el todo es superior a la parte**— pueden iluminarnos profundamente. Son criterios de actuación, de discernimiento, de evaluación para pensar el presente y el futuro de la Universidad del Salvador.

El tiempo es superior al espacio

Expresa la tensión entre plenitud y límite, el propósito de trabajar el largo plazo sin obsesionarse por resultados inmediatos, el cuidado de los demás sin maltratar los límites. Apostar a la bondad del trigo, aunque la cizaña ocupe espacios. Francisco nos recuerda que vale más iniciar procesos que poseer espacios. Para una universidad, esto significa comprender que su grandeza no se mide únicamente por su infraestructura, por sus indicadores o por su prestigio acumulado, sino por su capacidad de sembrar futuro en las personas, de formar integralmente para la vida y no solo para el mercado inmediato. Como Universidad estamos llamados a iniciar procesos de humanización, inteligencia solidaria y reconciliación social en la convicción que educar es ante todo un acto de esperanza

La Universidad del Salvador está llamada a formar generaciones de profesionales, docentes, investigadores y dirigentes capaces de transformar la Argentina con inteligencia, ética y espíritu de servicio. Nuestra tarea no es solo administrar lo heredado, sino abrir caminos nuevos. Educar, entonces, es apostar al largo plazo. Es confiar en procesos silenciosos que maduran en la conciencia de los estudiantes, en la vocación de los docentes, en la investigación rigurosa y en el compromiso social sostenido. En un país muchas veces tentado por la urgencia y la inmediatez, este principio invita a educar para el futuro.

La realidad es superior a la idea

"La realidad simplemente es, la idea se elabora. Entre las dos se debe instaurar un diálogo constante, evitando que la idea termine separándose de la realidad... La idea, las elaboraciones conceptuales, está en función de la captación, comprensión y conducción de la realidad...la idea desconectada de la realidad origina idealismo y nominalismos ineficaces, que a lo sumo clasifican o definen, pero no convocan. Lo que convoca es la realidad iluminada por el razonamiento. El criterio de realidad, de una Palabra ya encarnada y siempre buscando encarnarse, es esencial a la evangelización... Por otro lado, ese criterio nos impulsa a poner en práctica la Palabra, a realizar obras de justicia y caridad en las que esa Palabra sea fecunda..." Evangelii Gaudium. Cap.4

Este principio interpela directamente la vida universitaria y sus cimientos de inculturación. Nos recuerda que el pensamiento auténtico nace del contacto con la realidad y vuelve a ella para transformarla. Nos invita a no quedar atrapados en abstracciones estériles, en discursos desvinculados de la vida, en conocimientos que no tocan las heridas ni iluminan las búsquedas de nuestro pueblo. Está llamada a mirar de frente los desafíos concretos de nuestro tiempo: la pobreza persistente, la desigualdad, la fragilidad institucional, el desempleo juvenil, la crisis ambiental, la revolución tecnológica y la búsqueda de sentido de tantos jóvenes. Nuestra docencia, investigación y extensión deben dialogar con esas realidades y generar un nuevo pensamiento. El conocimiento alcanza su plenitud cuando sirve a la dignidad humana y al bien común. Aquí resuena también la pedagogía ignaciana: partir de la experiencia para llegar a la reflexión que oriente la acción transformadora desde una Universidad enraizada en la vida concreta del pueblo como nos dice la Carta de Principios, superando la razón positivista y tecnocrática

"La razón positivista que se presenta de modo exclusivista y que no es capaz de percibir nada más que aquello que es funcional, se parece a los edificios de cemento armado sin ventanas en los que logramos el clima y luz por nosotros mismos y sin querer recibir ambas cosas del gran mundo de Dios... ...es necesario volver a abrir las ventanas, hemos de ver nuevamente la inmensidad del mundo, el cielo y la tierra y aprender a usar todo esto de modo justo" Benedicto XVI. Discurso ante el parlamento alemán 22/9/2011

La unidad prevalece sobre el conflicto

Vivimos en una sociedad atravesada por divisiones, tensiones y polarizaciones. También el mundo universitario conoce debates intensos, diferencias legítimas y desafíos complejos. Francisco no propone negar el conflicto, sino superarlo en una síntesis superior. Es aprender a asumir el conflicto sin ignorarlo ni quedarnos paralizados ni atrapados. Es sufrirlo, resolverlo y asumirlo como eslabón de un nuevo proceso. La convicción de que la unidad del Espíritu armoniza las diferencias

La Universidad del Salvador es un espacio privilegiado de encuentro, una casa de diálogo fecundo. Un ámbito donde la diversidad de ideas no fracture, sino enriquezca; donde el diálogo sustituya a la descalificación; donde la búsqueda común de la verdad sea más fuerte que las lógicas facciosas. Debe enseñar a debatir con rigor y respeto, con cordialidad sincera, buscando construir amistad social. Nuestra identidad jesuita nos impulsa a tender puentes: entre generaciones, entre disciplinas, entre sectores sociales, entre fe y cultura, entre excelencia académica y compromiso solidario.

El todo es superior a la parte

El todo es superior a las partes, y es más que la suma de las partes. Entre la globalización y la localización, nos invita a ampliar la mirada en búsqueda del bien mayor. El modelo no es la esfera sino el poliedro, confluencia de particularidades que conservan su originalidad. Se trabaja en lo pequeño y cercano, pero con una perspectiva más amplia. Es la búsqueda del universalismo a través de las diferencias

Francisco invita a superar fragmentaciones. En el ámbito universitario esto significa resistir la tentación de reducir la formación a competencias técnicas aisladas o a especializaciones sin horizonte humanista. La Universidad del Salvador debe seguir formando personas integrales: profesionales excelentes, ciudadanos responsables, hombres y mujeres abiertas a la trascendencia y comprometidas con la sociedad, no sabios sueltos o especialistas desarraigados

Poner el tiempo por encima del espacio es educar para el futuro, con procesos duraderos. Poner la unidad por encima del conflicto es construir comunidad, tender puentes en una sociedad dividida. Poner la realidad por encima de la idea es servir con inteligencia concreta, atendiendo los problemas de nuestra sociedad y de nuestro pueblo. Poner el todo por encima de la parte es formar integralmente para el bien común

Una misión renovada para la Argentina y el mundo

Nuestra universidad nació con una vocación clara: servir al país desde la educación superior inspirada en el humanismo cristiano y en la tradición de la Compañía de Jesús. Hoy esa misión conserva toda su vigencia y se actualiza haciendo memoria agradecida de sus raíces. Nos inspira la cultura del encuentro con su cimiento de inculturación del Evangelio. *"Necesitamos salir al encuentro de las personas, las familias, las comunidades para comunicarles y compartir el don del encuentro con Cristo que ha llenado nuestras vidas de sentido, verdad y amor, de alegría y esperanza"* (Aparecida 548)

Desde estos cimientos nos desafiamos a ejercitar el discernimiento para superar otros itinerarios, las "afecciones desordenadas", en lenguaje de los EE de San Ignacio. Le decimos No a una educación auto referenciada, conformista, *"que tranquilice y los convierta en seres domesticados e inofensivos"* (EG Cap.2, 60). Le decimos no a una educación elitista "gueto de excelencia para excelentes", a una educación peinadora de "algunas ovejas" que descuida el gran rebaño distante e indiferente. No a una educación "refugio cultural", nostálgica de antiguos desarraigados. No a la mentalidad tecnicista y gnóstica de una educación "que cree poseer el saber, pero falto de unidad y por otro lado necesitado de lo esotérico, secularizado y profano", hoy expresado por el optimismo tecno del transhumanismo y por el nihilismo encubierto del pos humanismo tecnocrático

Si a un itinerario formativo integral, a una educación "en salida" que se anime a las periferias existenciales y culturales. Si a una pedagogía de la cultura del encuentro, con creatividad y discernimiento, con escucha activa y acompañamiento. Si a una Universidad del Salvador que siga siendo una casa de estudios donde la verdad se busque con libertad, donde la persona sea el centro, donde el conocimiento se transforme en servicio Si, a diseñar los *"nuevos mapas de esperanza"*, como nos invita León XIV, mirando el mundo contemporáneo no desde el diagnóstico de crisis,

sino desde la identificación de **signos de vida, oportunidades y horizontes de transformación** para descubrir **semillas del Reino** en medio de ellas y orientar la acción hacia una **esperanza amable, activa y comprometida**.

Para finalizar, una virtud a practicar y un deseo a lograr

*"El discernimiento es una de las cosas que Ignacio ha elaborado más nos invita a interiormente. Me ha impresionado siempre una máxima con la que suele describirse la visión de Ignacio: "Non coarctari maximo, sed contineri minimo divinum est". No tener límite para lo grande, pero concentrarse en lo pequeño. Esta virtud de lo grande y lo pequeño se llama **magnanimidad**, y, a cada uno desde la posición que ocupa, hace que pongamos siempre la vista en el horizonte. Es hacer las cosas pequeñas de cada día con el corazón grande y abierto a Dios y a los otros. Es dar su valor a las cosas pequeñas en el marco de los grandes horizontes, los del Reino de Dios".*
Francisco

Dice Ítalo Calvino en Las Ciudades Invisibles que "es inútil dividir las ciudades entre las ciudades felices y las infelices. La verdadera diferencia está en otras dos: las que a través de los años y las mutaciones siguen dando su forma a los deseos y aquellas en las que los deseos, o logran borrar la ciudad o son borrados por ella". Nuestro deseo es que la Universidad del Salvador esté entre las "ciudades" que a través de los años y las mutaciones siguen dando su forma a los deseos de una educación integral, ignaciana y de calidad con el cimiento del humanismo cristiano al servicio especialmente de los más excluidos de nuestra sociedad, tenaces peregrinos "del sueño lejano y bello" de una humanidad fraterna y reconciliada.